

Regir esta ciudad te venga en grado
 Sin sediciones malas,
 Ni muerte presurosa.
 Y tú, de las riquezas padre airado,
 Y tú, pueblo sagrado
 De Olimpia, do las horas
 Ceñidas de placeres
 Nos dan el don de Ceres,
 Y tú, gran Proserpina: almas señoras
 De Júpiter nacidas,
 Proteged este pueblo, agradecidas.

IV.

DEL INVIERNO.

Sus lluvias Jove envía,
 Y en negra tempestad se enturbia el cielo.
 Creciendo en demasía
 Van los arroyos inundando el suelo,
 Y el perezoso Invierno
 Viene ceñido de rigor eterno.
 Mas tú, encendiendo el fuego,
 Vierte y derrama en abundancia el vino
 Sabroso y dulce, luego:
 Y dale, entre otros mil, dale el destino
 De regar la cabeza,
 Y el tierno bozo, que á apuntar empieza.

V.

Á LOS COMPAÑEROS.

Bebamos, pues, bebamos:
 La lámpara luciente
 ¿A qué fin la esperamos?
 El día va volando brevemente,
 Y el vino ya en las tazas derramado,
 Formando mil colores,
 Brinda y convida al paladar cansado.
 El vino delicado,
 Cuyos dulces favores
 Debidos son al hijo de Semele,
 Y Jove soberano,
 Que de los males bárbaros se duele,
 Y al olvido los da con franca mano.
 Derrama, pues, derrama:
 Colma este vaso: aquél al punto llena,
 Que el uno al otro llama,
 Y haz una mezcla buena
 A dos de vino ardiente
 Juntando uno de agua solamente.

VI.

EL DESEO.

¡Oh, si mi lira fuera
 De marfil fabricada,

Y si al coro de Baco me llevase
 Una tropa ligera
 De jóvenes formada,
 Y todo mi semblante relumbrase,
 Y hermoso se ostentase
 Cual oro no tocado,
 Y de una hermosa niña fuese amado!

VII.

DE SÍ MISMO.

Yo mucho más, amado Baco, bebo
 Que Cíclope sañudo,
 Cuando beodo, del humano cebo
 Llenó su vientre crudo.

Bebo, gran Baco, y ojalá pudiera
 Del enemigo airado
 Cortar la testa: entonces yo bebiera
 De Filipo malvado

En el cráneo feroz vino sabroso.
 Filipo, que la muerte
 Gustó en el vaso amigo, venenoso
 Con merecida suerte.

VIII.

DE LOS MALES.

¿Qué utilidad sacamos
 De dar el pecho á los sañudos males?
 ¿Ni qué placer hallamos

En angustias mortales?
 Venga el vino sabroso,
 Que no hay mejor remedio á los dolores
 Que beodo y gozoso
 Disfrutar sus favores.

IX.

DEL ESTÍO.

¡Oh! mis pulmones riega
 Con delicioso vino,
 Que ya el estío rígido se allega.
 Nace el astro malino,
 Y ya todas las cosas
 Anhelantes, y ansiosas
 De pura sed, alampán de continuo.

X.

Á UN AMIGO.

Bebe, querido amigo,
 Bebe unido conmigo:
 La dulce pubertad conmigo pasa.
 Conmigo te corona;
 Y si de seso mi cabeza escasa
 Loquea, tú me abona.
 Y si gozo de juicio,
 De juicioso también haz el oficio.

DESCRIPCIÓN DE UNA TEMPESTAD.

De un lado un ola se levanta al cielo,
 Y otra del otro, con furor se eleva:
 En negra nave su rigor nos lleva
 En torno, y cubre de funesto velo.

Con gran fatiga y mísero recelo
 Su altiva furia nuestras fuerzas prueba:
 Hace que el vaso ya las ondas beba,
 Y el recio mástil le derriba al suelo.

Bramando horrible, el piélagos sañudo
 Las velas rompe, y las deshace airado
 Tal que desaparecerlas todas pudo.

Las áncoras del casco derrotado,
 Ya separadas, á su impulso rudo
 Se van huyendo por el mar salado.

EPIGRAMAS.

I.

EPITAFIO Á LOS DIEZ MIL.

Los diez mil, caminante, aquí yacemos,
 Y ni el sepulcro ni el honor tenemos
 De ser llorados: en Emacia estamos
 Y á Emacia daños bárbaros paramos;
 Mas de Filipo el loco atrevimiento
 Huyó cual ciervo rápido y violento.

II.

Á LA ESTATUA DE UN ATLETA.

Esta estatua de bronce, do se mira
 La fuerza que á sí tira, oh pasajero,
 Los ojos por entero, es del nombrado
 Critómaco esforzado, cuya fiera
 Fortaleza la austera Grecia vía.
 Poco ha que revolvía entre sus manos

Los cestos no livianos, y el terrible
 Pancracio, con la horrible mano armada.
 Su espalda mancillada no se ha vido
 En el polvo movido, la tercera
 Vez, y con alma fiera y valerosa,
 Del Istmo en la gloriosa, alta palestra,
 Tres veces dió gran muestra: en estos juegos
 Fué entre todos los Griegos el primero
 Que logró el lisonjero premio amado;
 Y Hermocrates, osado, padre suyo,
 Cuya gran gloria y cuyo nombre honroso
 Se nombra respetoso, en la gran Tebas
 De siete puertas pruebas señaladas
 Dió de esforzadas manos coronado.

III.

EPITAFIO Á HIPONACTO.

Después que muere el viejo, no mantiene
 En su tumba las uvas, flor del vino,
 Y en su lugar espina y zarzas tiene,
 Que el labio aprietan con rigor dañino,
 Y las áridas fauces del viajero
 Sediento: mas cualquiera pasajero
 Que pase por la tumba do reposa
 El mísero Hiponacto, eternamente
 Ruegue con alma tierna y fervorosa
 Que descanse el cadáver blandamente.

IV.

DE LA MERETRIZ Y EL BAÑERO.

En mucho, á la verdad, son parecidos
 La meretriz infame y el bañero,
 Pues lavan en un baño juntamente
 Al malo, confundido con el bueno.

FRAGMENTOS.

I.

El escorpión se oculta
Bajo de cualquier piedra.
¡Cuenta, tal vez, que no te hiera airado!
Así también el dolo
En negra oscuridad está encerrado.

II.

Amado compañero,
Los buenos ama, y de los malos huye.
Y ten por verdadero
Que del hombre malvado
Es siempre la amistad en corto grado.

III.

Desde la seca arena
Lo que hay que navegar mirar conviene,

Si ya industria se tiene
Bastante, y si se puede;
Pero después de estar al mar fiado,
Proseguir con el viento que nos sopla
Es consejo acertado.

ALCMAN.

Los caracteres principales que distinguen la poesía lírica de los Dorios, de la que cultivaron los Eolios, Anacreonte, Safo, Erina, Alceo, etc., son, que las composiciones de aquellos destinábanse á ser cantadas por coros, que la estructura de las estrofas era más amplia y más sabiamente arreglada, que escribían en dialecto dorio, y que sus versos eran siempre inspirados por algún suceso de carácter público, especialmente por las fiestas del culto. Las poesías de los Eolios, según se ha visto, reducíanse por lo general á pintar pasiones íntimas, y cantaba sus breves estrofas una sola persona, acompañando el canto con los sonidos de algún instrumento, generalmente la lira.

Sobresalen entre los poetas de la escuela dórica Alcman, Stesicoro, Ibyco, Simónides y Bachelides.

Una tradición bastante auténtica dice que Alc-

man era de Lydia, y nacido en Sardis; que se crió como esclavo en casa de un espartano llamado Agesidas; que fué emancipado, y que llegó á obtener el derecho de ciudadanía, si bien de orden inferior.

La suposición de haber vivido Alcman en época demasiado lejana, tropezaba con la dificultad de que la poesía lírica tuviese por entonces la gran variedad distintiva de las composiciones de este poeta. Seguramente vivió en tiempo del rey lidio Ardys; pero no hay razón para creer fuese al principio de este reinado, y es probable que la juventud del poeta coincidiera con los últimos años del Monarca hacia el 629 antes de Jesucristo, ó algo antes, porque ya menciona las islas Pituisas (Ibiza y Formentera) que, según Herodoto, fueron conocidas, como los parajes occidentales del Mediterráneo, por los viajes de los Foceos, á partir de la 35.^a olimpiada.

Alcman encontró la música con la forma perfeccionada que le habían dado Terpandro y Thaletas, y vivió en una época en que los Espartanos, después de las guerras mesenianas, se entregaban á las alegrías de la vida, no ambicionando aún distinguirse de los demás Griegos por la rudeza de sus costumbres.

Dedicado exclusivamente á la poesía, aplícase Alcman con atento cuidado á la novedad y á la dificultad de las formas, llegando á ser original é ingenioso y teniéndosele por inventor de la poesía coral, aunque algunos atribuyen la invención á su antecesor Terpandro, y otros á Stesicoro, más jo-

ven que Alcman. Compuso especialmente para coros de doncellas, según acredita, además de muchos de los fragmentos citados, el título de *parthenies*, dado á gran número de sus composiciones. Aunque la palabra *parthenies* no se haya empleado siempre en el mismo sentido, significa técnicamente cantos á coro ejecutados por doncellas, y no cantos amorosos dirigidos á las jóvenes. Estos cantos tenían un carácter noble y solemne en el tono y en el ritmo.

No se advierte en Alcman la tendencia característica en Píndaro de convertir el coro en expresión de los pensamientos y sentimientos del poeta. Las doncellas hablaban en su nombre, y en algunas de estas *parthenies* había un diálogo entre las jóvenes y el poeta, que siempre era el director del coro.

Debía preparar y dirigir también Alcman otras clases de coros, porque las *parthenies* sólo forman parte de su obra poética, citándose sus himnos á los dioses, los cantos que se entonaban en las procesiones á los templos antes de los sacrificios, é himneos y canciones de amor. Muchas de estas poesías eran, de seguro, cantadas por coros de jóvenes; pero probablemente las canciones de amor se cantaban á solo y con acompañamiento de cítara.

Encuétrase en las poesías de Alcman gran variedad de metros, dialectos y tonos poéticos, confundiendo en él las invenciones de Arquíloco, Terpandro, Thaletas y quizás de los líricos eolios. Es, además, el poeta que mejor amoldó á la poesía

el rudo dialecto de los Espartanos. La admiración que le profesó la antigüedad no ha podido llegar á nuestros días, pues sólo conocemos de él muy cortos fragmentos, citados por fútiles motivos.

Los que á continuación publicamos son traducidos por los hermanos Canga-Argüelles.

ODAS.

I.

Á CALIOPE.

Caliope, dulce Musa,
De Júpiter nacida,
Principio de las plácidas canciones
Que todo el orbe usa:
Con un himno sonoro,
En hermosas razones
Celebra embebecida
Al puro amor y al delicado coro
Donde este tierno dios mora y anida.

II.

DE SÍ MISMO.

A mí, el amor süave
Por voluntad de la potente diosa

Que en Cipro manda grave,
 Destilando preciosa
 Dulcísima ambrosía
 Me alegra, y regocija el alma mía.

III.

Á VENUS.

Murió tu Adón amado,
 Gran reina de Citera.
 En nuestra pena fiera,
 ¿Qué podrá hacer el pecho acongojado?
 Llorad, ninfas hermosas;
 Despedazad las túnicas preciosas.

EPIGRAMA

DE MEGALOSTRATA.

La roja Megalostrata
 Puso á la virgen sagrada,
 De la Musa delicada,
 Este don, sencilla y grata.

STESICORO.

Nacido en Himere (Sicilia), es uno de los más antiguos poetas griegos, durando su larga vida desde el año 636 antes de J. C. hasta el 550. Su padre, Eufemus, era originario de Metaurus, en la Italia meridional.

Dícese que el verdadero nombre del poeta fué Tisias, y que lo cambió por el de Stesicoro (comentador ó arreglador de coros) porque arregló los coros dedicados á cantar la poesía lírica.

Nada positivo se sabe de su vida, sino que fué contemporáneo de Alceo y de Safo, y que figura entre los nueve grandes poetas líricos de Grecia.

Una fabulosa tradición dice que en un poema á la guerra de Troya culpó Stesicoro duramente á Helena por ser causa de los desastres de esta larga guerra. La heroína convertida en diosa castigó el ultraje privándole de la vista, que recobró el poeta al cantar la Palinodia, tantas veces citada desde entonces, en la cual decía que lo que estuvo en Troya fué un fantasma de Helena, y por este

fantasma guerrearón tantos años Aqueos y Troyanos, sin que la verdadera Helena llegara siquiera á embarcarse.

Dícese que á fin de apartar á sus conciudadanos de la alianza con Falaris, tirano de Agrigento, versificó el apólogo del caballo y el hombre, imitado después por Horacio, Fedro y La Fontaine.

Educado Stesicoro en el conocimiento familiar de la epopeya heroica de Homero y de la epopeya teológica y didáctica de Hesiodo, escogía los asuntos de sus composiciones en cualquiera de estas dos grandes corrientes épicas. Cantó las leyendas de la edad heroica como las encontraba en la epopeya, modificándolas algunas veces para darles atractivo de novedad; pero la novedad principal consistía en la aplicación del coro, con sus variadas evoluciones á las narraciones heroicas de los rapsodas. Los escritores antiguos elogian la nobleza de su genio épico, y Quintiliano le pone casi á la altura de Homero. «Si hubiera sabido moderarse, dice, casi igualara á Homero; pero se le debe censurar la excesiva fecundidad y el no saber contenerse.»

Stesicoro murió á los ochenta y cinco años, y sus conciudadanos le erigieron una estatua representándole anciano, encorvado por los años y con una lira en la mano. Cicerón dice que esta estatua fué uno de los objetos de la rapiña de Verres.

Atribúyese á Stesicoro la invención del épodo. Escribió en dialecto dórico poemas míticos tales como *Cerbero*, *Cycnus*, *Geryon*, *Scytia*, *La destrucción de Troya*, *La vuelta del héroe*, *La histo-*

ria de Orestes, el poema pastoral *Daphnis*, himeneos, epitalamios, apólogos, etc. De estas obras sólo quedan algunos fragmentos que, puestos en versos castellanos por los hermanos Canga-Argüelles, publicamos á continuación.

ODA.

—
Á LA MUSA.

Ea, süave Musa,
Tu dulce canto empieza,
Celebrando con cítara difusa
La singular belleza,
Y las gracias que amamos
En las hermosas jóvenes de Samos.

DESCRIPCIÓN DEL OCASO DEL SOL.

El Sol, de Hiperión hijo famoso,
Hacia el vaso dorado
Con presuroso curso descendía;
Cuando por el undoso
Océano pasando acelerado
A las moradas de la noche fría
La virginal esposa á ver volvía,
Con ella juntamente
A los hijos, que amaba tiernamente.

FRAGMENTOS.

I.

Apolo, en gran manera
Ama los cantos, y los gozos ama;
Pero Plutón airado
Tiene á su cargo el llanto y el cuidado.

II.

Del Rey al carro ardiente
Mil cidonias manzanas arrojaban;
Hojas de mirto echaban;
Y guirnaldas de rosa floreciente,
Y la dulce viola
Prodigó sus botones tiernos, sola.

III.

Es vano y sin razón llorar los muertos,
Y cualquiera amistad la muerte acaba.

IBYCO.

Nacido en Rhegium, en la Gran Grecia, vivía á mediados del siglo vi antes de J. C. Tuvo vida errante, y pasó algunos años junto á Polycrato, tirano de Samos. Su biografía es desconocida, y sólo queda de ella una célebre tradición cuya verdad histórica es dudosa, pareciendo ser una de esas bellas leyendas morales de que gustaban los Griegos.

Yendo de viaje, cayó Ibyco cerca de Corinto en manos de una partida de facinerosos que le robaron y asesinaron. Al morir tomó por testigos unas grullas que en aquel momento cruzaban el espacio, encargándoles su venganza.

Pasado algún tiempo, los asesinos encontrábanse un día en el teatro de Corinto, y uno de ellos, al ver volar las grullas, exclamó irónicamente: «Ahí están los testigos y vengadores de Ibyco.» La frase fué oída y excitó sospechas. Presos los asesinos, confesaron el crimen, y con la vida lo expiaron.

Quedan de las obras de este poeta, que los antiguos comparan á Stesicoro, sólo algunos fragmentos. Como Stesicoro, trasladó á la oda los asuntos épicos, la guerra de Troya, la expedición de los argonautas, temas inagotables de los cantos nacionales de Grecia, los juegos gymnicos, las solemnidades, etc.

Más célebre que por estas obras fué Ibyco por sus poesías eróticas, que, según Cicerón y otros escritores antiguos, eran por demás licenciosas, atestiguando la depravación de las costumbres en su época.

La versión castellana de los fragmentos que publicamos es de los hermanos Canga-Argüelles.

ODAS.

I.

DE SÍ MISMO.

En el huerto sagrado
De las vírgenes claras
Florece en verano los membrillos,
Regados del arroyo apresurado.
Las vides por su lado
Con las hojas avaras
Encubren de sus pámpanos los brillos,
Y prestan olorosas sombras caras.
Aquí el amor sañudo
Ni duerme ni reposa
En ningún hora del alegre día.
Y aquí fué donde aprisionarme pudo
Con insoluble nudo
En mi edad más gozosa,
Cuando ardiendo, con ímpetu venía
Saliendo de su Venus poderosa.